

---

MIRAR(NOS): El retorno de las cosas

02/10/2015



*Hoy es un regalo, por eso se le llama el presente.*

Anónimo

Piensen bien quienes consideren que el pasado regresa, aunque algunos pesimistas creen fervientemente que llega transfigurado a la manera de los errores repetidos hasta el fin de los días. Entre lo real y lo esotérico, la mayor verdad es que toda acción anterior conforma lo que se llama experiencia.

Si de nada sirviera lo vivido, en mi opinión, seríamos como amebas: con su comportamiento cíclico y monótono.

Hace unos días, alguien que lee esta columna me sugería que hablara de esas personas «ausentes» de nuestras vidas, valga aclarar ausentes por nuestra voluntad. Lo complaceré solo en parte. Los (las) «ex» también son parte de las historias sentimentales y determinan buenas o malas maneras ancladas en la relación que sostenemos en el presente.

Porque nadie escapa de un recuerdo por mucho que quiera y más que se esfuerce, sin previo aviso y no como el anuncio de una puesta en escena. No se da libremente *delete* en las imágenes que se quedan en el subconsciente.

Malo entonces cuando sin mucha premeditación, acaso como una marca que lacera, el pasado de otros empieza a complicarnos la existencia. En buen cubano, cuando las acciones de la gente de al lado influyen no del mejor modo en el resultado feliz de nuestras complicadas ecuaciones.

Por supuesto, siempre de algún modo elegimos con quién quedarnos. Imagine esta escena, por ejemplo: Usted inicia una relación sentimental, y luego allí, en su día a día, prácticamente el destino (culpemos al destino) le obliga a relacionarse con la (el) ex de su otra mitad.

Cortar por lo sano, cualquiera de las dos uniones, es inmaduro y falta de juicio. A nuestro favor, el siglo XXI nos ha regalado al postmodernismo, un terrible y bien amado saco donde todo cabe y nada sobra. De modo que lo más saludable lo dictan las reglas de convivencia: dejar todo en el epílogo y continuar siempre de modo ascendente.

En este punto recomiendo no buscar un sentido filosófico. Viene a mi mente el mejor postulado que aprendí en mis tiempos universitarios. El eterno retorno que destierra lo relacionado con el azar y en ese sentido, no da crédito a la casualidad.

Antes bien, la causalidad es la culpable de cada una de las circunstancias actuales que circundan nuestros espacios vitales.

Si bien resulta harto conocido que existe un principio y un fin, cuando Nietzsche publicó que todo regresa al principio, imagine por un segundo las caras de asombro. ¿Cuál sería su reacción? (La suya que me lee, no la de Nietzsche). Le estoy diciendo en otras palabras que no es que existan combinaciones nuevas, sino que los mismos acontecimientos se repiten en la línea temporal de nuestras vidas sin posibilidades de variación.

Entonces, el eterno retorno incluye fracasos y éxitos, absolutamente todo lo vivido, y deja en entredicho cuán intensamente vivimos o, de modo más conformista, sobrevivimos en este criadero de cocodrilos que algunos llaman mundo.

Muy a pesar de este enrevesado trabalenguas que, confieso, he tenido que releer dos veces para que sea más o menos comprensible..., compruebo en mi propia experiencia que el pasado regresa, para atormentarnos, casi siempre.

Involucrados en los adelantos tecnológicos, en las nuevas banderas de la sexualidad y hasta sentimentales cuando sabemos que el cine nos manipula, muy a pesar de los pesares seguimos permutando credos y convicciones, como si en eso se fuera la vida, como si se tratara de dejar de ser uno mismo cual premisa insoslayable.

De eso no se trata, vivir tiene que ver con ser consecuente, con madurar y sonreír en medio de los errores, aunque por instantes sea inevitable el llanto. Se vincula también a las elecciones, el botón que pulsas para que las cosas vayan mejor, y si resulta que te equivocas pues nada, a tu lado terminarán aceptándote porque también para ellos, a no ser que vengan de otra galaxia, el pasado también es una parte.

